

LUCEM ASPICIO: ME DIRIJO HACIA LA LUZ

Javier Martínez Merino

(Lección Inaugural de Estudios Generales, impartida en Liberia el día 7 de marzo del 2001).

“El hombre –escribió Ortega y Gasset– no tiene naturaleza, lo que tiene es historia”.

Si pretendemos conocer la naturaleza de una institución, será preciso enhebrarnos por su historia, beber en las fuentes que nutrieron sus primeros pasos, sentir los balbuceos que han podido llegar hasta nosotros, los miedos que obligaron a sus primeros miembros a constituir la institución; las necesidades, como el pan que nos nutre, que satisficieron en esta institución hasta el punto de llamarla: ALMA MATER.

Nuestra ALMA MATER, la universidad, es la institución más antigua de occidente, después de la iglesia católica. Para conocerla será preciso penetrar por los recovecos de los siglos oscuros de la Edad Media, cuando nace, allá por el siglo XII.

Universidad

UNIVERSITAS es un vocablo medieval que significaba **comunidad o corporación de...** Tal como hoy conocemos el concepto, equivalía a la **Universitas magistrorum et scholarium**: Una comunidad de maestros y discípulos, reconocida y sancionada por la autoridad civil y eclesiástica.

No es fácil comprender la importancia de este tipo de comunidad, si antes no volvemos los ojos asustados al siglo V cuando

los bárbaros, con sus caballos patearon inmisericordes el saber de los romanos y griegos. El latín, la lengua común, quedó barrida de Europa. Y solo la religión de los vencidos, poco a poco, tímidamente, fue prendiendo en el corazón de los bárbaros. Varios siglos después, algunos hombres y mujeres, reunidos en comunidades de fe y de vida, se dieron a la tarea de copiar los pocos libros que se salvaron de la destrucción de los bárbaros. Los árabes, que en el año mil habían alcanzado una floreciente cultura en Al Andalus, reuniendo en Córdoba todo el saber del mundo conocido, tuvieron el cuidado de conservar parte de la cultura grecolatina, traduciéndola a su misma lengua. No todos fueron salvajes destructores, como el tristemente famoso sultán de Alejandría, que prendió fuego a la famosa biblioteca, pues si todo estaba dicho en el Corán, para qué tanto libro; y si discrepaban con el Corán, para qué servían. También quedó un fósil del imperio Romano: Bizancio, Constantinopla, su capital, emporio oculto del saber clásico, acosada por el islán, durante mil años. Hoy Turquía.

El trabajo de los monjes, el **ora et labora** de San Benito y San Bernardo, estaba en el coro de la iglesia, en el campo y en el **scriptorium** de los monasterios. El monje copiaba y copiaba los manuscritos que le llegaban de otros monasterios, o que corrían por el Camino de Santiago, camino hecho de piedras, puentes, monumentos, espíritu y picaresca. Así nacieron las bibliotecas medievales y, como dijo Goethe, en el Camino de Santiago nació Europa. Llegar a Santiago de Compostela, la tumba del santo, al **finis terrae**, el fin de la tierra conocida medieval es el imán que atrae al hombre medieval y hace que se recorriera Europa de punta a punta, y fueran naciendo monasterios a

lo largo del camino... Y el arte Románico (arte al modo de los romanos) se levanta cruzando puentes, erigiendo hospitales e iglesias... Y el comercio recorre el camino, y el arte recorre el camino, y las costumbres recorren el camino, y las creencias y los miedos y las pestes... Y los hombres llevan su saber a quienes les interesa: a los monasterios y luego a las catedrales.

Los Estudios Generales

Así es como nacen las primeras escuelas catedralicias, escuelas de los obispos. Allí donde el obispo tiene su sede y su silla, su cátedra y su catedral. Estamos en el siglo XII, siglo de grandes inquietudes religiosas y culturales. Está preparado el caldo de cultivo para el nacimiento de un centro de instrucción para todos: el **studium generale**. Los maestros que trabajan en las escuelas catedralicias consiguen una autorización, una **licencia** para enseñar fuera de las escuelas catedralicias. A esta licencia se le denominará **facultas ubique docendi**, facultad de enseñar en cualquier lugar. Este es el nacimiento de los **studia generalia**, los Estudios Generales, el origen y el sentido de la primera universidad. Al principio eran los Estudios Generales, permiso para agruparse, al igual que los gremios medievales, en torno a un maestro, independientes de las directrices de la Iglesia, para apoyarse, defenderse, transmitir sus conocimientos, proteger a los estudiantes extranjeros que llegaban de todos los rincones de Europa en busca del saber. Los Estudios Generales son parte de esa célula, de ese derecho a enseñar en cualquier parte, que todavía hoy ostentamos los universitarios.

Y fue en París, en el siglo XIII donde la mitad de aquella ciudad, en la margen izquierda y en la isla del Sena, se llega a formar una república de sabios, con sus leyes propias, sus tribunales propios y su lengua propia: el latín.

El papa Inocencio III dota a esta comunidad de un representante ante la corte pontificia y el derecho a comparecer ante las leyes y tribunales como corporación. Pero pronto los obispos y las escuelas catedralicias verán a esta institución naciente como un centro de insubordinación y de peligros doctrinales. (Poco hemos progresado en esto). A pesar de los miedos algunos papas cultivan las relaciones con la universidad de París, y el pontífice Gregorio IX otorga la Carta Magna a la Universidad: la autonomía para regular y modificar los estatutos. La constituye en autónoma otorgándole cuatro permisos o facultades. Facultad de enseñar Artes, Teología, Derecho y Medicina. He aquí las cuatro ramas de donde brotarán todas nuestras facultades, a lo largo de la historia.

Artes y Letras

Pronto, la Facultad de Artes se divide en tantas como eran las artes liberales, siete. Tres se dedican a las letras y cuatro a las ciencias. Las tres dedicadas a las letras se conocerán con el famoso nombre latino de **Trivium**, las otras cuatro, dedicadas a las ciencias, el **Quadrivium**.

Facultad de Letras y Facultad de Ciencias, todavía continuamos con esta denominación, aunque hayamos olvidado que no suponían contrariedad, oposición en el hombre medieval y mucho menos en el hombre renacentista, sino partes de un todo. Es interesante saber las

disciplinas que constituían el **trivium** (**Gramática, Retórica y Dialéctica**) y el **quadrivium** (**Aritmética, Geometría, Astronomía y Música**).

La Filosofía, como humilde “ancilla teologiae” (criada de la Teología) se irá convirtiendo en señora en lucha abierta con la “Fides quaerens intellectum”, la encoquetada Teología, que hoy cuesta encontrarla en las universidades...

El Renacimiento y las Humanidades

Los siglos XV y XVI, suponen la vuelta a Roma y a Grecia, vuelta al latín y al griego, vuelta a los clásicos. El hombre como centro de todo. Protágoras lo repitió: “El hombre es la medida de todas las cosas”. El ser humano como medida de todo: El Humanismo.

Por fin aparece la tercera pata de nuestra trébede. Hemos visto **Universidad, Estudios Generales** y aparece el sustantivo **Humanidad** que según el diccionario de la Real Academia define como plural de **letras humanas**. Nuestras Humanidades es el cultivo de las letras humanas.

En esta encrucijada de Universidad, Humanidades y Estudios Generales aparece el valor del pensar, del criticar, del reflexionar.

El Renacimiento o Humanismo es apasionante, lleno de luces y de sombras. Las luces de los Erasmos de Rotherdan, los inquebrantables utopistas a lo Tomás Moro, los vulnerables cazadores de astros y estrellas a lo Galileo, los mártires de la tolerancia a lo Miguel Servet –quemado en efígie por los católicos y en carne y hueso por los protestantes- y los panteístas místicos a lo Giordano Bruno.

Las sombras, que agrandan más a sus víctimas, de los Inquisidores, a lo

Torquemada, los fanáticos predicadores fundamentalistas a lo Savonarola, los iluminados brazos de Dios, a lo Calvino.

No podemos olvidar las luces y las sombras, al mismo tiempo, de los humanistas y fanáticos a lo Lutero, padre del idioma alemán, traductor de la Biblia y traidor para los pobres campesinos capitaneados por el fanático Münzer, de quien dice “Quien ha visto a Münzer ha visto al mismo diablo encarnado; si tan mal alma ha de acaudillar a los campesinos, tiempo es ya de degollarlos a todos como a perros rabiosos”... Y fueron hechos matar como perros rabiosos, portando la magnífica traducción de la palabra de Dios, en alemán, como bandera.

El Humanismo, el valor de discrepar, de la caída de las verdades absolutas. La época del admirable universitario, que sufre cinco años la prisión sin que nadie pueda juzgarle, y vuelve al aula repleta de estudiantes y comienza su clase: “Como decíamos ayer...” de los Fray Luis de León. Y cientos de artistas y de hombres sobre cuyas espaldas descansan nuestros conocimientos actuales...

De alguna forma los conoceremos, pues nuestra naturaleza, recuerden el principio, es nuestra historia.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con nosotros, seres humanos del siglo XXI?.

LUCEM ASPICIO: me dirijo hacia la luz

Nuestro escudo, el de la Universidad de Costa Rica, coronado con las ramas de laurel, es un sol que pugna con la oscuridad de la montaña y un girasol que mira hacia él. De niño me decían que el girasol se llamaba así porque giraba hacia el sol. Muchas horas pasé tratando de verlo

girar, en vano. El girasol, sabemos, ni gira ni ha girado nunca dando vueltas alrededor del sol. Pero los girasoles, siempre dirigen su cara hacia el este, hacia donde nace el sol “ad ortum solis”, que decían los clásicos. LUCEM ASPICIO, este lema confirma nuestro emblema: “me dirijo hacia la luz”

Lo característico de las Humanidades y de los Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica es que se trata de un modo humanístico de enseñanza. No se trata de asignaturas humanísticas, sino del modo de enseñanza humanístico. Un modo que trate de desarrollar la capacidad de conocimiento, la capacidad de ordenar, relacionar, criticar, discernir dentro de un tema. Capacitar para cuestionar uno mismo el aprendizaje.

LUCEM ASPICIO es educar para la razón, es educar para la autonomía, para la independencia.

La verdadera educación universitaria tiene un punto duro: y es que educamos para que nuestros alumnos puedan prescindir de nosotros. No hay peor maestro que el que se hace imprescindible toda la vida. El gurú es lo contrario del maestro. Nosotros, los profesores, somos unos suicidas, porque educamos para que los estudiantes puedan prescindir de nosotros. Como lo hacen los buenos padres con sus hijos.

LUCEM ASPICIO, dirigirse hacia la luz, es dirigirse hacia la verdad. Entre el girasol y el sol que nace, vemos quebradas, altozanos y, al fondo, grandes montañas... y la luz llega tras el fatigoso trabajo de la razón, del estudio, de la reflexión, de la reiteración, de los controles, de las lecturas... No existe el atajo que alivie la necesidad de pensar y razonar. La razón no da saltos... “Es aburrida” – dicen los débiles . “Es apasionante” -, los esforzados.

LUCEM ASPICIO no son los programas de televisión, mal llamados científicos o filosóficos, donde no hay tiempo para explicar lo que pensaba Platón pero sí para lo que piensa un señor que ha leído o “conocido” a Nostradamus y sabe lo que viene o lo que vendrá.

LUCEM ASPICIO es respeto al ser humano y analizar las opiniones del ser humano. Escuchar la opinión distinta a la nuestra. Asimilarla... Y aquí es donde nace la palabra clave, la salsa y el cultivo de la razón, el análisis de la opinión: la Discusión.

Discutir

“Todo está en la palabra –dice Neruda... Las palabras tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces...” Es preciso volver a la raíz de la palabra clave: Discusión o Discutir. Los clásicos decían DISCUTERE al hecho de ver si un árbol tiene raíces, si está enraizado, si tiene fundamento. Y a pesar de todo lo que la ha ido contaminando en el rodar del río de la historia, ese es el sentido que sigue teniendo para el universitario. Buscar las raíces y el fundamento de la opinión, no la opinión porque sí.

Hace unos meses un periodista le preguntaba a Gustavo Bueno, un filósofo español muy interesante por lo atípico, que cuál era su opinión sobre un tema. Y este filósofo contestó:

–“Y a usted qué le importa mi opinión. Mi opinión no importa porque sea mía sino por el razonamiento en que se sustenta”.

“Todas las opiniones son respetables”
– escuchamos frecuentemente.

¡Cómo van a ser respetables todas!. Algunas no son respetables, en absoluto. Todavía estaríamos colgados de las ramas de los árboles si continuáramos pensando así. Dos más dos es igual a cinco, no es más respetable que: dos más dos es igual a cuatro.

La opinión no se sostiene por ella sola, ni por la persona que la defiende, sino por la razón, por esa luz capaz de iluminar las tinieblas del alma. Es este el primer paso de nuestra labor como universitarios.

Y esa labor de discutir, de persuadir con nuestras opiniones bien razonadas, no termina en ella misma. Existe un segundo paso, quizás más difícil que el primero: ser vulnerables a la persuasión. Escuchar y analizar las opiniones diferentes. Cuántas veces oímos: “Llevo cincuenta años pensando lo mismo y nadie me apeará del burro”. Y uno se enorgullece de pensar lo mismo que hace cincuenta años, porque –quizás- ni entonces ni ahora pensó en nada.

LUCEM ASPICIO es entender el mundo, nuestro mundo y al ser humano que lo habita.

LUCEM ASPICIO es volver los ojos a los clásicos; esos libros que cada vez que los leemos nos dicen algo nuevo y nunca terminamos de leerlos. Y enseñar a leer, a entender la verdad de lo leído, a profundizar en su sentido con una mirada crítica y a intentar expresar con claridad nuestras propias respuestas. Leer no es hacer méritos para aprobar un examen ni para demostrar que se está al día. Un libro no se debería adquirir por las mismas razones por las que se compra una camisa de moda. Un libro verdadero –porque también hay libros impostores- es algo tan material y necesario como una barra de pan, un plato de arroz o un vaso de leche. Como el agua y el pan,

como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un instrumento de la inteligencia, de la razón y de la felicidad.

LUCEM ASPICIO: un gran reto para nosotros, educadores de la Universidad de Costa Rica.